

absorto en la contemplación de sus zapatos de charol.

—¡Qué alegría... llega la primavera...

—No tardará.

—La primavera está cercana... murmuró la Medinskaia.

Y pareció escuchar su propia voz.

—La estación de los enamorados, dijo burlonamente Tomás frotándose enérgicamente las manos.

—¿Os enamoraríais por casualidad? le preguntó ella secamente.

—No es de mí de quien se trata... yo estoy hace mucho tiempo enamorado de la vida...

Y diciendo aquellas palabras, Tomás se volvió á aproximarse á ella, con sonrisa triste y confusa en los labios.

Ella le arrojó una mirada distraída, después se puso á pellizcar las cuerdas de la mandolina y dijo:

—La primavera... ¡qué dichoso sois de estar en la aurora de la vida! Vuestro corazón desborda de fuerza... y nada le obscurece...

—¡Sofia Pavlovna! exclamó Tomás dulcemente.

—¡Escuchadme, amigo! algo tengo que deciros hoy no menos bueno... Sabed que los que han vivido mucho tienen también momentos en que hallan en un rincón de su corazón cosas olvidadas desde largo tiempo... Estas cosas dormían en el fondo del corazón... pero no habían perdido el perfume de la juventud y cuando el recuerdo las despierta, exhalan un dulce aroma de primavera... una frescura vivificante de aurora... Esto es magnífico, aunque bastante triste...

Las cuerdas temblaban y lloraban entre sus dedos, y esta armonía, mezclada con la voz de la joven acariciaba dulcemente el corazón de Tomás. Pero, inquebrantable en su resolución, no comprendía el sentido de las palabras que ella le dirigía y se decía:

—¡Sigue! No creo ya ni una palabra de lo que cuentas...

Este pensamiento le enervaba... Sentía no poder escucharla ya con la misma atención.

—¿Habéis reflexionado alguna vez en el modo como se debe vivir? le preguntó ella.

—A veces... después se olvida... ¡No tengo tiempo! dijo Tomás sonriendo. Por lo demás, ¿para qué pensar en ello? Los demás viven, lo más sencillo es imitarlos...

—¡Oh!... ¡no hagas eso! ¡Tened piedad, por vos mismo! ¡Sois tan bueno! Poseéis algo de excepcional ¿qué, que es? No sé. Pero lo siento... Y tengo miedo de que la vida no os sea atrozmente dura de vivir... Estoy convencida que seguiréis la senda trazada, no seguiréis á la gente de vuestra esfera, no. Una vida únicamente dedicada á la ganancia, á la caza de los rublos, al comereio ¡oh, no! Lo sé, deseáis otra cosa; ¿no es verdad?

Ella hablaba de prisa, con agitación.

Tomás pensaba, mirándola:

—¿A dónde irá á parar?

Respondió lentamente:

—Lo que desearía, lo deseo ya quizás...

Ella se había aproximado á él, juntaba su rostro con el suyo él le decía en tono de súplica:

—Escuchad, no viváis como todo el mundo. Organizad de otro modo vuestra existencia... Sois fuerte, joven ¡y tan bueno!

—¡Pero suponiendo que soy bueno todo debe sonreirme! exclamó Tomás, embargado por la emoción y sintiendo su corazón latir con violencia.

—¡No sucede siempre eso! ¡Y en este mundo los buenos son menos dichosos que los malos! replicó tristemente la señora Medinski.

«¡Ayudadme Dios mío!» pronunció en mientes Tomás. Después, empezó á hablar en voz baja, con el corazón oprimido:

—¡Sofía Palovna! ¡Ya basta! Es necesario que hable... He venido expresamente para deciros esto: llegó la hora de concluir... es necesario obrar lealmente... francamente... Primero me habéis atraído, ahora me desdefáis. Vuestras frases no son siempre claras... mi inteligencia es lenta... pero siento... siento que queréis ocultar... y lo veo, ¡comprendéis muy bien el por qué de mi venida!...

Sus ojos llameaban, su voz vibraba y tomaba más amplitud á medida que hablaba.

Ella hizo un movimiento, y dijo con espanto:

—Parad...

—¡No debo hablar!...

—Sé lo que queréis decir...

—¡No lo sabéis todo! dijo Tomás levantándose bruscamente, con aire amenazador. ¡Yo sé todo lo que os conviene todo!

Se levantó como para irse, pero se volvió á sentar al cabo de un momento.

Su rostro estaba severo, sus labios apretados, bajaba los ojos y Tomás no veía su expresión.

El se había imaginado que cuando le dijese: «Sé todo», ella quedaría aterrada, vergonzosa y confusa, le pediría perdón de haberse burlado de él. Entonces la cogería entre sus brazos, la besaría.

Pero nada de esto había ocurrido: era él, él quien se turbaba ante su calma: la miraba, buscaba sus palabras y no las encontraba.

—¡Tanto mejor! repitió con tono firme y seco. ¿Habéis sabido todo, decís? y me habéis condenado como una cosa justa... Comprendo... soy culpable para V... Pero no... no puedo justificarme...

Se calló de repente, con gesto nervioso llevó el brazo á su cabeza y arregló sus cabellos.

Tomás exhaló un hondo suspiro.

Las palabras de la señora Medinskaia le habían devuelto una última esperanza y replicó con tono amargo:

—La miraba á veces y me decía: «¡Qué hermosa es, qué buena y dulce es mi paloma!» y hé ahí que usted también, se dice culpable. ¡Ay de mí!

Su voz se apagó.

Ella se puso á reír dulcemente.

—Es usted un excelente muchacho, pero raro. ¡Y qué lástima es que no pueda usted comprender todo eso!...

El joven la miraba sintiéndose desarmado por sus palabras afectuosas y su triste sonrisa.

Todo cuanto en su corazón existía de dureza contra ella se deshacía al cálido mirar de sus pupilas.

Se le representaba muy pequeñita, sin defensa, parecida á un niño.

Le hablaba con voz llena de caricias y de súplicas, le sonreía, pero Tomás no la escuchaba.

—He venido, replicó él, cortándole la palabra, no tenía lástima... pensaba: «Se lo diré todo». Pero no he dicho nada... ni tengo ganas... mi valor ha sucumbido... Estoy en poder de usted... ¡Ah! ¿para qué la he visto? No es usted nada para mí. Es necesario partir.

—¡Espere, amigo mío! ¡no parta usted! dijo ella rápidamente tendiéndole la mano. ¿Por qué tan bruscamente? No me guarde usted rencor. ¿Qué puedo ser para usted? Le hace falta otra amiga, un alma también sencilla, sana como la de usted. Debe ser alegre y robusta. Yo soy una vieja... Me aburro á cada momento... ¡mi vida es tan vacía y tan triste!... ¡Tan vacía! ¿Entiende usted?... cuando el hombre se habitúa á llevar una vida alegre y que ya nada puede alegrarla de nuevo, es desgraciado. Querría ser alegre, reír... y ya no es él quien ríe, es la vida quien se ríe de él. Y el mundo... ¡Escúcheme usted! Le doy un consejo de madre: le ruego, le suplico, no escuche usted á su corazón.

Viva usted como él le ordene. Los hombres no saben nada, no pueden decir nada verdadero... no los escuche.

Trataba de hablarle simplemente para hacerse comprender, pero se agitaba y las palabras se seguían rápidas, incoherentes.

Una sonrisa amarga erraba en sus labios y su rostro había perdido toda la belleza.

Tomás hizo un gesto de cansancio y, por toda respuesta dijo con voz sorda:

—¡Adios!

—¡Adios! le respondió dulcemente la Medinskaia.

No le dió la mano y volviéndole la espalda dulcemente se alejó.

Pero, apenas había dado dos pasos, se sintió lleno de piedad y volvió á medias.

Ella continuaba en el mismo sitio, inmóvil, en el rincón del salón, los brazos colgando y la cabeza inclinada sobre el hombro.

Comprendió que no podía dejarla así, se turbó y dijo en voz baja, pero sin arrepentimiento:

—¡Si la he ofendido, perdóneme, porque la amo, á pesar de todo!

Y suspiró profundamente.

Ella tuvo una risa extraña y dulce.

—No me ha ofendido usted... ¡Dios le proteja!

—¡Entonces, adiós! repitió Tomás más bajo.

—Sí, respondió en el mismo tono.

Tomás apartó con la mano los hilos de perlas del cortinaje que se agitaban en un rumor ligero y le rozaron la mejilla.

Tembló al contacto frío, y salió, llevando un peso indefinible y doloroso.

En su pecho, su corazón latía con golpes desiguales.

Hacia una noche clara. El hielo había cubierto

los charquitos de agua de finas láminas heladas que relucían como plata.

Tomás iba por la acera, y con la contera de su bastón, hería el hielo que se rompía con un rumor seco.

Las casas proyectaban en su camino sombras cuadradas y los árboles fantásticos dibujos; algunos parecían inmensas manos que trataban vanamente de hincarse en la tierra.

—¿Qué hace en este momento? pensaba Tomás, representándose á la joven sola en su salón al lado del quitasol japonés, anegada en el rojo resplandor de la lámpara.

—Vale más olvidarla, decidí.

Pero el olvido no venía.

Ella y siempre ella ante sus ojos, excitando ya su piedad, ya su ira que se exasperaba hasta el furor.

Su imagen era tan clara y su recuerdo tan preciso, que le parecía llevar esta mujer en sí, como un peso enorme, en el pecho.

Un coche avanzaba á su encuentro, llenando el silencio de la noche con el ruido de las ruedas que rechinaban sobre el hielo ó resbalaban sobre el empedrado.

Cuando entraba en una parte alumbrada de la calle, el ruido aumentaba; en la sombra parecía más sordo y más lejano. El cochero y un viajero sentado á su lado, dando saltos en su asiento, se confundían con la grupa del caballo en una masa confusa é informe.

El suelo estaba sembrado de manchas de sombra y luz, pero á lo lejos la obscuridad era tan profunda que daba la ilusión de un verdadero muro interceptando la calle y subiendo hasta el cielo.

Tomás no comprendía que estas gentes supiesen á donde se dirigían... y él tampoco lo sabía... Se representaba á su casa: las seis grandes piezas que

él solo habitaba, la tía Antheisa en peregrinación, para ver un convento y quizás no volviese más á verla: moriría sin ninguna duda; Juan, el viejo guardián, medio sordo; Secletia, una vieja solterona, cocinera y ama de llaves, y un perro negro hirsuto, también muy viejo.

—Quizás debería casarme, decididamente, pensó Tomás.

Pero esta idea le pareció irrealizable y le turbó. Era sin embargo una cosa bien fácil.

No tenía más que decirlo mañana á su padrino, que bien pronto le encontraría una novia y no se pasaría ni un mes sin que una mujer entrase en su morada.

Día y noche la tendría con él. No tendría más que decirle: «Salgamos», y saldría; «Vámonos á acostar», ella se acostaría.

Cuando quisiera abrazarle, ella podría hacerlo quisiera él ó no. Si le dijese nó y la echase, ella se ofendería.

¿Qué podría hablar con ella? ¿Y qué encontraría ella por decirle?

Todas las jóvenes conocidas desfilaban en su imaginación, todas hijas de comerciantes. Algunas eran lindas y ninguna habría querido otra cosa mejor que casarse con él.

Pero ninguna le tentaba y á ninguna deseaba para esposa.

¡Qué molesto y cuánta vergüenza debe costar, hacer de una linda muchacha, vuestra mujer!... ¿Y qué de interesante pueden decirse los novios jóvenes la noche de bodas, en la alcoba nupcial?

Tomás ensayóse, pensando en ello; buscó las palabras que diría en semejante situación y se puso á reír, confuso, no encontrando ninguna palabra conveniente.

Pensó entonces en Liuba Maiakín. Ella habría hablado seguramente la primera, con palabras de

rutina cuyo sentido ella misma no habría comprendido...

Le parecía que empleaba siempre palabras que le eran extrañas y que no decía lo que una muchacha de su edad, de su aspecto y de su esfera habría debido decir...

Su pensamiento se trasladó entonces á los propósitos, á las quejas de Liubov. Apresuró el paso admirado de repente de esta coincidencia de que todos los que charlaban íntimamente con él le hablaban de la vida.

Su padre, su tía, el padrino, Liubov, Sofia Pavlovna, todos querían hacerle comprender la vida ó bien se quejaban de ella.

Las frases sobre el Destino, pronunciadas por aquel viejo que había visto á bordo del barco, le acudieron á la memoria, así como muchas observaciones, reproches y quejas amargas contra la vida oídas acá y allá.

—¿Qué significa esto? se decía. ¿Qué es la vida si no son los hombres? Los hombres hablan de ello como si no fuesen ellos mismos, como si, aparte de ellos, hubiese otra cosa, algo que les impidiese vivir. ¿Es quizás el diablo?

Con este pensamiento experimentó bruscamente una sensación de frío por todo el cuerpo.

Tembló y arrojó una rápida mirada en torno de él. Como ojos sin pupila, las ventanas negras de las casas se abrían en la oscuridad. Su sombra sola corría á lo largo de las casas y de las tapias.

—¡Cochero! gritó apresurando el paso.

Su sombra le siguió muda y negra.

Creía sentir un aliento glacial detrás de él y una masa invisible, pero terrorífica que trataba de cogerle.

Enloquecido corrió hasta dar de bruces con un coche que apareció de repente, saliendo con gran ruido de alguna calle oscura, y cuando se encon-

tró confortablemente instalado en los almohadones, no osó mirar hacia atrás á pesar de las ganas que sentía.

VII

Una semana poco más ó menos había trascurrido desde la conversación que Tomás tuviera con la señora Medinskaia. Su imagen le perseguía día y noche, oprimiéndole el corazón.

Quería volver á ella, resistiase á este deseo y sufría de tal modo que, de estas luchas consigo mismo, salía destrozado, desfallecido: Callábase, pero conservaba su odio contra esta mujer, al mismo tiempo que se ocupaba activamente de sus asuntos. Sentía perfectamente, de un modo confuso quizás, que entre él y ella la cadena estaba rota, que ya no la volvería á ver como ella misma, que su sonrisa afectuosa, su dulce mirada que cada vez despertaba en él tantos deseos, que todo eso ya no existía.

Y por temor á encontrarla cambiada, se violentaba y agonizaba.

Pero ni el trabajo, ni sus ocupaciones le impedían pensar en la vida.

No discutía este problema misterioso y temible: no sabía discutir, pero impresionábase con avidez y trataba de retener todo lo que pudiese referirse á este objeto cautivante.

Frases recogidas á derecha é izquierda sin explicarle nada, aumentaban su perplejidad y su desconfianza con respecto á los hombres.

Veía perfectamente que eran diestros, listos é inteligentes y que, en los negocios, era necesario andar prudentemente, pues en los casos graves ninguno decía su pensamiento.

Estas observaciones le inspiraban el sentimiento de que sus quejas no eran sinceras. Los observaba

con ojo avizor y una arruga profunda surcaba su frente.

Una mañana, en la Bolsa, su padrino le dijo:

—Anani ha llegado... quiere verte... vé esta noche, pero cuidado con la lengua. Anani tratará de hacerte hablar de negocios... Es un pícaro, el viejo diablo... Un verdadero zorro... Mirando al cielo, os desliza la mano en el bolsillo y atrapa la bolsa.. Desconfía...

—¿Le debemos algo? preguntó Tomás.

—Ciertamente, la barcaza no está pagada... y además se ha tomado madera... Si te pide el pago inmediato, rehúsa... El rublo es como la liga: cuanto más lo guardas en la mano, más kopeks vienen á pegarse.

—¿Pero qué hacer para no pagarle, si reclama?

—Déjale llorar, suplicar y tú gime también y no des nada.

—Iré, dijo Tomás.

Anani Sawitch Tchuroff era un rico comerciante en maderas, propietario de un inmenso aserradero, constructor de barcas y balsas.

Tomás le había conocido en tiempo de su padre y este viejo hermoso, de barba blanca, derecho como una I, le inspiraba un profundo respeto aunque la pública murmuración le atribuyese una fortuna mal adquirida y le acusase de llevar una vida mala en su intimidad, allá en su lejana aldea, en medio del bosque. Ignat había contado á Tomás que Tchuroff en sus primeros años era un pobre campesino. Había, un día, acogido en su granja á un presidiario evadido al que hacía fabricar moneda falsa. Este fué el principio de su fortuna.

Su granja se incendió un día y se descubrió en las cenizas el cuerpo calcinado de un hombre que tenía el cráneo partido. El clamor público acusó á Tchuroff de haberle asesinado y haber prendido fuego acto seguido.

Parecidos crímenes eran numerosos en la historia del viejo, pero tantas leyendas análogas corrían por cuenta de los ricos de la ciudad, que todos se habrían enriquecido robando, asesinando y sobre todo haciendo moneda falsa.

Tomás oía estas historias desde su más tierna infancia; nunca les había prestado atención ni tratado de comprobarlas.

Recordó también que Tchuroff había tenido dos mujeres, de las que una muriera la noche de sus bodas en los brazos de su marido.

Acto seguido había seducido á la mujer de su hijo que, de tristeza, se dió á la bebida y faltó poco para que muriera, pero finalmente curó y entró en un convento, en Irges.

Después, cuando su querida, su nuera, murió, tomó una niña muda, una mendiga, con la que vivía en la actualidad y que acababa de dar á luz un niño, muerto al nacer.

En el camino, dirigiéndose al hotel donde paraba Anani, Tomás recordó todo cuanto se decía acerca del viejo y sintió en aquel momento que Tchuroff le interesaba extraordinariamente. Cuando entreabrió la puerta detúvose respetuosamente bajo el dintel.

Encontró al viejo sentado en la cama. Acababa de despertarse; con los ojos fijos en tierra estaba tan encorvado, que su gran barba blanca se posaba en sus rodillas; pero aun así parecía inmenso.

—¿Quién es? preguntó sin levantar la vista.

—Soy yo. Buenos días, Anani Sawitch.

El viejo levantó la cabeza, cerró los ojos á medias y miró á Tomás.

—¿Eres tú, el hijo de Ignat?

—El mismo.

—Bien, ven aquí.... siéntate cerca de la ventana. ¡Vamos á ver si has cambiado!... ¿Quieres té?

—Con mucho gusto.

—¡Camarero! gritó el viejo levantando la voz.

Después, acariciándose la barba, se puso á contemplar curiosamente á Tomás, sin decir una palabra.

Tomás, por su parte, también le examinaba.

La frente espaciosa del viejo, cuyo tinte se parecía al del cuero curtido, estaba surcada de arrugas. Cabellos grises, en bucles, cubrían sus sienes y sus orejas puntiagudas; ojos azules y serenos daban una expresión de sabiduría y casi de candor á la parte superior de su rostro.

Pero sus gruesas mejillas y labios espesos, lo echaban todo á perder. Su larga nariz aguilieña se escondía en el blanco bigote y los labios del viejo se entreabrían constantemente, dejando entrever unos dientes pequeños, amarillos y afilados.

Tenía puesta una camisa de percal rosa, ajustada al cuerpo por una cintura de seda, y anchos calzones negros, metidos en botas de montar.

Tomás miraba aquellos labios gruesos y se decía que era tal como se lo había figurado.

—Cuando tú eras un pequeñuelo, te parecías mucho á tu padre, dijo Tchuroff de pronto.

Y suspiró:

—¿Te acuerdas de tu padre?... ¿Ruegas por él?... ¡Es necesario orar! continuó él á una breve respuesta de Tomás. Ignat era un gran pecador... Ha muerto súbitamente sin confesarse... ¡Un gran pecador!

—No más que otro cualquiera, probablemente, replicó Tomás herido en sus sentimientos de piedad filial.

—¿Que quién, por ejemplo? preguntó severamente Tchuroff.

—¡No faltan pecadores!

—No hay más que un hombre en la tierra que sea más culpable que el difunto Ignat, y es ese mal-

dito hipócrita, tu padrino, Taschka, dijo el viejo recalcando sus palabras.

—¿Está usted seguro? preguntó Tomás con una sonrisa.

—¡Lo sé! respondió Tchuroff con tono convencido.

Y sus ojos se fruncióron.

—Yo también tengo cuentas que rendir á Dios... son pesadas... Llevaré un costal bien repleto á sus pies. Más de una vez he regocijado al diablo, pero creo en la misericordia del Señor, mientras que Taschka no cree en nada... Taschka no cree en Dios, lo sé y por esta falta de fe será castigado en la tierra misma.

—¿También lo sabéis? preguntó Tomás.

—¡También! Además, comprendo que te parece rá risible el oirme hablar así... Tú te dices: «¡Qué ojo!» Pero el hombre que ha pecado mucho... tiene que tener experiencia; el pecado instruye... Por esto es que Maiakin Taschka es de una inteligencia poco común.

Oyendo la voz ronca y segura del viejo, Tomás se decía:

«Se siente cerca de su fin».

El camarero del hotel entró en este momento pálido y como extraviado: puso la tetera en la mesa y salióse á toda prisa.

Tchuroff se había levantado, colocaba unos paquetes en el marco de la ventana y hablaba sin mirar á Tomás.

—Tú eres un insolente... y tu mirada es sombría... Antes se veían más gentes con ojos claros... es porque las almas eran más puras... Todo era más sencillo en otro tiempo, los hombres y los pecados... ahora todo se ha complicado... ¡ay de mí!

Puso el té en infusión y se afeitó frente á Tomás: A tu edad, tu padre—era trabajador á bordo de un barco enfrente de nuestra villa— á tu edad, Ignat,

me parecía tan claro como el cristal... No había más que mirarlo y se adivinaba en seguida la clase de hombre que era. En cambio, á tí no hago sino mirarte, y no te comprendo. ¿Quién eres? ¿quién? Tú mismo, joven, no lo sabes... y es lo que te perderá. Todos los hombres de hoy están perdidos, porque no se conocen ellos mismos. La vida es una selva llena de árboles arrancados por la tempestad y es menester, á través de tanto obstáculo, encontrar el camino... ¿dónde? Todos yerran... el diablo se complace. ¿Eres casado?

—Todavía no, dijo Tomás.

—Aún no estás casado, y seguramente traqueteado desde largo tiempo... ¿Trabajas mucho, á lo menos, en tus negocios?

—Bastante. Aún estoy con mi padrino...

—¿En qué trabajas ahora? preguntó el viejo meneando la cabeza.

Sus ojos brillaban, se aclaraban y se ponían sombríos consecutivamente.

—No sabéis lo que es el trabajo. Antaño, un fabricante viajaba por su cuenta en coche, entre borrascas por la noche... marchábase. Bandidos le acechaban en el camino y lo mataban... moría mártir, rescatando el olvido de sus pecados con su sangre... Ahora se viaja en vagón, se envían despachos... además, aún se ha inventado entenderse sin moverse del escritorio, y las gentes se enteran á leguas de distancia... esta es una invención que no anda sin auxilio del diablo... El hombre está quieto, sin movimiento... Peca porque se aburre; no tiene nada que hacer: los mecanismos hacen sus necesidades. ¡No tiene ningún trabajo, y sin trabajo el hombre está perdido! Se ha rodeado de máquinas y se considera perfecto. No ve que estas máquinas son justamente un lazo que le tiende el diablo. ¡Así es como os cogel!... Trabajando, el hombre no tiene tiempo para pecar, mientras que ahora tiene toda

libertad. La libertad hará perecer al hombre, como el sol mata las lombrices, habitantes del seno de la tierra. ¡El hombre perecerá por la libertad!

El viejo Anani golpeó cinco veces la mesa con el dedo, pronunciando estas palabras lenta y reposadamente. Su rostro resplandecía con una alegría malsana, su pecho se inflaba, los pelos de su barba argentada se agitaban dulcemente. Sus palabras y su aspecto hicieron experimentar cierto malestar á Tomás, pues discernía una fe inquebrantable y la fuerza de esta fe le confundía. Olvidó por el momento los antecedentes del viejo, y lo que él creía como verdadero momentos antes.

—¡El que liberta á su cuerpo, pierde su alma! decía Anani. La expresión de sus ojos era tan extraña que parecía mirar á otra persona á través de Tomás, una persona cuyo sufrimiento y terror le regocijaban.

—Vosotros, gente nueva, pereceréis por la libertad... El diablo os ha cogido en sus redes... os ha apartado del trabajo dándoos máquinas, telégrafos y la libertad devora ya las almas humanas. ¿Dime, por qué los hijos son más malos que los padres? A causa de la libertad. Si por esto es, precisamente, por lo que se emborrachan, escandalizan sus mujeres... tienen menos salud teniendo menos trabajo... han perdido la alegría, puesto que las inquietudes son mayores... La alegría viene con el reposo, y hoy nadie se fatiga...

—Vaya, dijo Tomás por lo bajo, creo que antiguamente se bebía y se escandalizaba con mujeres como ahora...

—¿Qué sabes tú? Cállate más bien, exclamó Anani con ojos llameantes. Antaño, los hombres tenían más vigor... sus pecados se medían por sus fuerzas... Hoy las fuerzas han disminuido, pero los pecados han aumentado en proporción. Y estos son más feos.. En otro tiempo los hombres eran enci-

nas... El juicio de Dios se hará según sus fuerzas... Sus cuerpos serán pesados y su sangre medida, y entonces se verá si el peso de sus pecados no es mayor que el de su cuerpo y el de su sangre... ¿Has comprendido? Dios no condenará al lobo que haya comido un cordero; ¡pero si una rata vil ha vertido la sangre de un cordero... condenará á la rata!

—¿Cómo los hombres pueden saber del modo que Dios los juzgará? preguntó Tomás meditabundo. Es menester un juez visible...

—¿Para qué visible?

—Para que los hombres lo comprendan...

—¿Y quién puede juzgarme que no sea Dios?

Tomás arrojó sobre el viejo una ojeada, se calló y bajó la cabeza. El forzado evadido, matado por Tchuroff, vino á la memoria y de nuevo creyó que era verdad. Mujeres también, esposas y queridas habían perecido á causa del viejo, conducidas á la tumba por sus caricias pesadas. Las había aplastado con su pecho huesoso, había absorbido su sangre con sus gruesos labios, rojos aún, y como húmedos de la sangre de todas estas pobres mujeres, muertas bajo la opresión de sus largos brazos nervudos. Y él, allí, hacía balance de sus pecados, esperando la muerte oculta muy cerca de él. Juzgaba á los hombres y se juzgaba él también, probablemente... y decía:

«¿Quién puede juzgarme, sino Dios?»

—¿Tiene miedo, sí ó no? se preguntaba Tomás. Y quedó un momento pensativo contemplando al viejo.

—Así es, amigo mío. Reflexiona, decía Tchuroff meneando la cabeza; reflexiona como debes vivir... ve... tu corazón tiene débiles capitales y gustos dispendiosos... ten cuidado no hagas bancarrota contigo mismo. ¡Ja, ja, ja!

—¡Lo que tengo en el corazón, no podéis saberlo! replicó Tomás, herido por la risa del viejo.

—¡Lo veo! ¡Lo sé todo! porque hace mucho tiempo que vivo... ¡Oh! ¡sí! ¡cuánto tiempo! Árboles han sido plantados, han fructificado, los han cortado y con ellos han hecho casas!... todo lo he visto y aún vivo... A veces traigo á mi memoria mi existencia y me digo: «¿Es posible, Dios, que un solo hombre haya hecho todo esto? ¿Tantos años he vivido?»

El viejo miró á Tomás severamente, movió la cabeza y se calló. Todo quedó en silencio. En el techo un estremecimiento se dejaba oír; el ruido de los coches y la vocería subía de la calle. La tetera hervía en el fuego. Tchuroff miraba el fondo de un vaso, acariciaba su barba y un ronquido pesado salía de su pecho como si algo pesado se hubiese movido en él.

—¿La vida debe parecerte dura sin tu padre?

—Me habitúo, respondió Tomás.

—Eres rico.. Jacob morirá, tú serás más rico aún, te lo dejará todo...

—No tengo ninguna necesidad de ello...

—¿Qué ha de hacer? no tiene más que una hija, tú deberías escogerla.. Es tu hermana de leche, pero eso no tiene importancia. Todo se puede arreglar. Cásate... No es bueno vivir así. Apuesto á que andas de muchachas..

—No.

—¡Confésalo! ¡ja, ja! el traficante se muere... He oído decir por un guarda forestal—quizás mintiese—que los perros eran todos lobos al principio... que después han degenerado... Lo mismo en nuestra casta, al fin seremos también perros. Estamos rellenos de ciencia y nos ponemos sombreros á la moda; ¡bah! hacemos todo lo que podemos para perder nuestra individualidad... Pronto no se nos distinguirá del resto de los hombres. Todos envían sus hijos al liceo... ¡Todo se nivela! comerciantes, nobles y burgueses. Se les viste de gris y á todos se les enseña la misma ciencia... se quiere educar á

los hombres como se cultiva á los árboles... ¿Para qué? Ninguno lo sabe. Un árbol mismo se distingue de otro, aunque no sea más que por una rama ¡y se quiere que los hombres entren todos en un mismo molde! ¡Ciertamente, que para nosotros, los viejos, es ya tiempo de ocupar el ataúd, sí! Cincuenta años más y nadie se acordará de que yo he existido, yo, Anani, apellidado Tchuroff! Y que yo, Anani, no temía á nadie excepto á Dios!... Si en mi juventud no no era sino un pobre campesino, poseyendo cortamente dos hectáreas de terreno, he amasado para mis últimos días once mil, llenas de árboles... y de dinero dos millones poco más ó menos.

—Siempre se habla de dinero, interrumpió Tomás mohino. ¿Y á pesar de todo, qué gozo encuentra el hombre en eso?

—¡Bah! refunfuñó Tchuroff. Tú harás un mal comerciante si no comprendes el valor del dinero.

—¿Quién lo comprende? preguntó Tomás.

—¡Yo! le respondió Tchuroff con fuerza, y todo hombre inteligente... Jacob lo comprende también... ¿el dinero? ¡Eh! amigo, es enorme. Póntele delante y reflexiona lo que representa. Entonces te darás cuenta: la fuerza humana, el talento humano. Millares de hombres han puesto su vida en tu dinero y millares aún la pondrán... Y tú puedes arrojar todo este dinero en el fuego y verle quemar. En ese instante puedes creerte todopoderoso.

—Eso no hace...

—Porque los imbéciles no tienen dinero... Se invierte el dinero en los negocios... los hombres encuentran su vida alrededor de esos negocios... y tú, tú eres el dueño de toda esta gente. ¿Para qué ha creado Dios al hombre? Para que el hombre se incline ante él y le suplique... él era solo y su soledad le pesaba... quería ser poderoso... Y como sabes que el hombre ha sido creado á la imagen del Señor, el hombre también busca la dominación. ¿Y quién,

pues, si no el dinero, da el poderío? Abí ves... Vaya, ¿has traído el dinero?

—No, respondió Tomás, cuya cabeza empezaba á irse en fuerza de escuchar las largas disertaciones del viejo y que estaba encantado viendo que la conversación se encaminaba hacia el terreno de los negocios.

—¡Está mal! dijo Tchuroff severamente. El vencimiento ha pasado, es menester pagar...

—Mañana tendréis la mitad..

—¿Por qué la mitad? Da todo.

—Tenemos en este momento una necesidad extrema de fondos.

—¿Y no los tenéis? Pues el caso que yo también tengo necesidad.

—Tened un poco de paciencia.

—No, amigo mío, no esperaré... Tú no eres como tu padre... vosotros, inexpertos, no sois seguros... En un mes echaríais todo á rodar y yo sería quien sufriese... Tráeme mañana toda la suma ó hago protestar las letras, sin más consideración.

Tomás miraba á Tchuroff con sorpresa. Este ya no era el viejo que elocuentemente discurría un momento antes acerca del diablo. Su rostro y sus ojos habían cambiado de expresión; su mirada era dura, sus labios impertérritos y en sus mejillas, hacia la nariz, aparecían venitas negras en un visaje de codicia, Tomás comprendió que si Tchuroff no recibía el dinero en la fecha convenida, obraría sin piedad y deshonraría la casa haciendo protestar las letras.

—No marchan los negocios, ¿eh? preguntó Tchuroff. Dime francamente, ¿dónde has echado el dinero de tu padre?

Tomás quiso probar suerte y dijo:

—Los negocios no son excelentes... no hay pedidos.

—¡Vaya!... ¿Es necesario ayudarte?

—Sed lo bastante bueno... para aplazar el pago...

—¡Pse! por la amistad de tu padre, quizás lo haría. Pero vamos á ver...

—¿Para cuándo lo aplazaríais? preguntó Tomás.

—Seis meses.

—Os estoy reconocido...

—De nada... me debes once mil seiscientos rublos. Vas á aceptar una nueva letra, por quince mil... paga los intereses por adelantado y hago una hipoteca sobre los barcos.

Tomás se levantó de la silla y dijo sonriendo:

—Enviadme mañana las letras; las pagaré íntegramente.

Tchuroff re levantó trabajosamente, y sin bajar la vista bajo la mirada burlona de Tomás, dijo rasgando penosamente el pecho:

—¡Sea! tampoco está mal eso...

—Gracias... por vuestra buena acogida...

—No hay por qué... No dejar hacer... á pesar de que habría sido muy bueno, dijo el viejo descubriendo sus dientes afilados.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Cuando se cae en vuestras garras!

—¡Aprieto!...

—Y estranguláis, según se dice...

—¡Ea! ¡basta ya! dijo Tchuroff enfadado. Te creo fuerte, pero es algo pronto. Has jugado á la ganapierde y estás orgulloso... Espera que en efecto me ganes algo, y en seguida podrás regocijarte. ¡Hasta la vista! y trae el dinero mañana.

—No tengáis miedo. ¡Hasta la vista!

—¡Adiós!

Cuando iba á salir del cuarto, Tomás oyó un bostezo sonoro y después la voz del viejo que entonaba un salmo:

«¡Virgen Santa, ábreme las puertas de la clemencia celeste!...»

Tomás sacó de esta visita una doble impresión, y Tchuroff le agradaba y le repugnaba al mismo tiempo.

Repasó una á una las palabras del viejo sobre el pecado, pensó en su fe ardiente, en la misericordia divina, y un sentimiento vecino del respeto nacía en él.

«Este también habla de la vida... conoce sus pecados, pero no gime ni se queja de nada... «He pecado, responderé de mis faltas.» Sí... ¿Y el otro?»

Se acordó de la Medinskaia, y su corazón se oprimió de dolor.

«La otra representa el arrepentimiento.. no se la comprende... ¿Es para evitar que se la juzgue? ¿O bien es que en realidad su corazón sufre? «¿Quién tiene la misión de juzgarme sino Dios?» ha dicho él. Veamos esto...»

Tomás creyó sentir que estaba celoso de Anani y al mismo tiempo recordó como éste había tratado de explotarlo. Este recuerdo le llenaba de disgusto por el viejo y no llegaba á conciliar los sentimientos opuestos que le inspiraba. Estaba perplejo y pensativo cuando llegó á casa de Maiakín.

—¡Vengo de casa de Tchuroff! dijo cogiendo una silla, ante la mesa donde estaba servido el té.

Maiakín tenía puesta una bata grasienta y un libro de cuentas en la mano. Removiósé en su sillón de cuero y dijo con animación:

—¡Ponle té en seguida, Liubov!... Vamos, cuenta, Tomás. A las nueve debo estar en el Consejo, habla pronto,

Tomás contó con sarcasmo el ofrecimiento de Tchuroff de renovar las letras.

—¡Bah! suspiró Maiakín con sentimiento, moviendo la cabeza. Has echado todo á perder. Si se puede ir así derecho. ¡Uf!... El diablo es quien me ha hecho enviarte á su casa. Yo mismo debiera haber ido. Le habría hecho ver lo blanco negro,

—Lo dudo. Dice: «Soy una encina...»

—¿Una encina?... y yo una sierra. ¡Una encina! La encina es un árbol magnífico, pero sus frutos no sirven sino para alimentar puercos... Resultado: la encina no es más que una imbécil.

—Pero puesto que es necesario pagar...

—¡Eso no corre nunca prisa!... para la gente lista. Pero tú, irías corriendo de buena gana á llevarle el dinero... ¡Magnífico comerciantel!...

Jacobo Tarasovitch estaba realmente descontento de su ahijado. Hacía mohines y daba órdenes imperiosas á su hija, que asistía en silencio á este coloquio y servía el té.

—Acerca el azucarero... ya ves que no no puedo cogerle...

El rostro de Liubov estaba pálido, sus ojos turbados y sus gestos lentos y vagos. Tomás la miró y pensó:

«¡Qué dulzura ante su padre!»

—¿De qué le habéis hablado? le preguntó Maiakín.

—Del pecado!...

—¡Naturalmente! Cada uno aprecia su obra y él es fabricante de pecados. Bastante tiempo hace que deben gemir por él en el infierno y en el presidio... se aburren, se le espera con impaciencia.

—Habla muy bien, dijo Tomás al tiempo que deshacía el azúcar en el té.

—¿Ha hablado mal de mí? preguntó Maiakín con tono medio rencoroso, medio sonriente.

—Un poco...

—¿Qué has respondido tú?

—He escuchado...

—¡Ah! ¿y qué has oído?

—«Serán perdonados los fuertes, para los débiles no habrá perdón...»

—¡Qué ingenio! Las pulgas mismas saben eso.

Esta manera desdeñosa de tratar á Tchuroff des-

agradóle sin saber precisamente por qué y mirando bien de frente á su padrino, le dijo:

—Ciertamente, no os quiere.

—A mí, amigo mío, nadie me quiere, declaró Maiakín con orgullo. Por lo demás, ninguna razón existe para que se me quiera, puesto que no soy una muchacha... Pero en revancha se me estima... y no se estima sino á aquellos á quienes se les teme...

El viejo guiñó maliciosamente un ojo mirando á su ahijado.

—Habla muy bien, repitió Tomás, se queja, dice que la raza de los comerciantes degenera... A todo el mundo se le enseña la misma creencia, dice, para que todos sean iguales... todos cortados por el mismo patrón...

—¿Y él encuentra esto poco conveniente?...

—¡Ya lo creo!

—¡Imbécil! exclamó Maiakín lleno de desprecio.

—¿Por qué, pues? le preguntó Tomás incrédulo. ¿Creéis que está bien?

—Lo que está bien lo ignoramos, pero lo que demuestra inteligencia lo vemos... En el momento en que se recogen gentes de todos los ámbitos para reunirles en un mismo sitio é inculcarles las mismas ideas, debemos admitir que es inteligente. Además, ¿qué es un hombre en la constitución del Estado? Nada más que una piedra y las piedras deben tener todas las mismas disposiciones. ¿Comprendes ahora? Si los hombres tienen todos el mismo peso y la misma talla, puedo agruparlos á capricho.

—¿Qué agradable es ser una piedra! dijo sombríamente Tomás.

—No se trata del agrado, sino de la necesidad. Si estás constituido de metal duro no te pulirá... No es fácil borrar la fisonomía primera de todo hombre... pero algunos se transforman en oro puro á fuerza

de martillo... Si la cabeza se parte en el yunque, tanto peor, es que se es endeble.

—Después ha hablado de trabajo... Las máquinas lo hacen todo, dice, por eso es por lo que los hombres se echan á perder...

—¿Más cuentos aún! exclamó Maiakín con una nueva mueca de desprecio. ¿Qué placer puedes experimentar en escuchar tales galimatías?... ¿Y á propósito de qué?

—¿Es también falso? preguntó Tomás con sonrisa forzada.

—¿Qué puede decir en justicia? ¡Una máquina! ¡Alcornoque! ¿Ha pensado él siquiera de qué se componía una máquina? ¡De hierro! por consiguiente, no debe inspirar lástima. Se le hace trabajar y fabricar rublos y si sin ninguna reflexión, sin ninguna preocupación se la deja suelta, vuelve á hacerlos. Mientras que el hombre es nervioso y miserable... muchas veces es desdichado... Grita, gime, llora, suplica, se emborracha. ¡Ah! cuántas cosas superfluas veo en la humanidad. Mientras que en una máquina, lo mismo que en un metro, no se encuentra más de lo sucinto, todo tasado para que uno y otro llenen las funciones á que están destinados. Vaya, voy á vestirme... es tiempo.

Se levantó y abandonó la habitación arrastrando sus zapatillas. Tomás le siguió con la vista, y frunciendo el ceño, murmuró:

—¡Al diablo si es posible comprender algo!... uno dice blanco, el otro negro...

Después se despidió de Liubov y se dirigió á su círculo.

Venia la noche, el aire era fresco. Un viento frío y vivo barria la calle, levantando el polvo y cegando á los transeuntes.

Era ya de noche y siluetas fugitivas se deslizaban en la obscuridad. Tomás trataba de evitar el polvo cerrando los ojos; pensaba:

«Si encuentro una mujer, Sofia Pavlovna me acogerá carifiosamente, como antaño... Iré á verla mañana... Si es un hombre, no iré mañana... aguardaré aún...»

Encontró un perro y eso le puso furioso... De buena gana le habría roto el bastón en el lomo... Al entrar en el círculo la primera faz conocida que vió fué la del alegre Uchtitcheff. Apoyado contra la puerta del bufete, hablaba con un hombre grueso, de bigote enorme; pero en cuanto percibió á Gordeieff avanzó unos pasos y dijo:

—¡Buenas noches, modesto millonario!

Este joven agradaba á Tomás á causa de su carácter alegre y abierto y siempre le veía con gusto. Le tendió la mano cordialmente.

—¿Cómo sabéis que soy modesto? le preguntó.

—Sois un hombre que lleváis una vida de ermitaño; bebéis, no jugáis, no andais de niñas... ¡A propósito! ¿sabéis, Tomás, que nuestra incomparable patrona nos deja mañana para ir á pasar el verano al extranjero?

—¿Sofia Pavlovna? preguntó lentamente Tomás.

—¡La misma! El sol de mi vida se oculta y quiza también el de la vuestra.

Uchtitcheff hizo una mueca cómica y maliciosa mirando á Tomás descaradamente. Este último estaba inmóvil y sentía su cabeza caer sobre el pecho, á pesar del esfuerzo que hacía para mantenerse rígido.

—Sí, nuestra radiante aurora!...

—¿La Medinskaia se marcha? articuló una voz gruesa. ¡Muy bien! me alegro...

—Dispense... ¿por qué? exclamó Uchtitcheff.

Tomás sonreía tontamente y miraba con aire distraído al hombre que estaba al lado de Uchtitcheff. Este, con gesto afectado, retorció su bigote y dejaba escapar un turbión de palabras, groseras y pesadas, que parecían dichas para molestar á Tomás.

—Porque así la ciudad tendrá una *cocotte* menos.

—Eh, Martín Nikititch! exclamó Uchtitcheff frunciendo el ceño. ¡Un reproche!...

—¿En qué se fija V. para creerla coqueta? preguntó Tomás, con calma, dirigiéndose hacia el compañero de Uchtitcheff.

Este le miró con aire desdenoso, y volviéndose á medias, recalcó estas palabras:

—No he dicho coqueta... En todo caso, declaró Uchtitcheff conciliador, no se puede hablar así de una mujer que...

Pero Tomás le interrumpió:

—¡Esperad! Deseo preguntar al señor lo que significa... la palabra que ha dicho.

Tomás pronunció estas palabras con voz firme y decidida. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y sacó el pecho, lo que le dió un aire inquietante. El hombre del bigote grande le miró de arriba á abajo y sonrió.

—¡Señores!... suplicaba Uchtitcheff.

—He dicho: «cocotte», repitió el hombre, avanzando los labios como si paladease esta palabra. Si no comprendéis, puedo explicarle...

—Sí, esto es, dijo Tomás con un profundo suspiro y sin apartar de él los ojos, tengo la bondad de explicarse.

Uchtitcheff levantó los ojos al cielo y se hizo á un lado.

—Una *cocotte*, puesto que deseáis saberlo, es una mujer que se paga, continuaba el otro á media voz aproximando á Tomás su rostro abultado.

Tomás exhaló un gruñido sordo y antes que su interlocutor hubiese pensado en hacerse atrás, le cogió de un puñado por sus cabellos grises ensortijados.

Con movimiento convulsivo, se puso á sacudir aquella cabeza y aquel cuerpo enorme y macizo,

ritmando sus movimientos con palabras cadenciosas.

—No insulte... en la espalda... insulte... en la cara... en la cara...

Experimentaba un goce áspero viendo agitarse en el aire los brazos y las piernas del hombre que sacudía, desbaratado y tirado en el suelo. Un reloj de oro se había deslizado de su bolsillo, prendido á una cadena y había venido á parar sobre su vientre prominente. Borracho de su fuerza y de la humillación inífgida á este individuo que se daba tautos aires de importancia, Tomás respiraba una alegría feroz y como esperezos de voluptuosidad. Contento de su venganza y continuando en arrastrar á su víctima por el suelo, exhalaba gruñidos sordos y furiosos en una especie de delirio salvaje. En este momento un sentimiento de una intensidad extrema le dominaba: le parecía que se había librado de un peso que desde largo tiempo le oprimía el pecho.

De repente sintió que le agarraban por detrás, por la cintura y los hombros; alguien le sujetaba por los brazos; le pisoteaban los pies. Sin embargo, insensible, los ojos inyectados en sangre, se encarnizaba en la masa negra que gemía horriblemente bajo su mano... Por último, llegóse á arrancarle su víctima; quedó inmovilizado bajo el peso de varios cuerpos y distinguió á través de una bruma roja, delante de él, en tierra á sus pies, al hombre que había golpeado. Despeinado, descompuesto, pateaba en el suelo, tratando de levantarse; dos hombres vestidos de negro le sostenían por los sobacos, sus brazos colgaban lastimosamente, como alas rotas, y gritaba á Tomás con voz entrecortada por sollozos convulsivos:

—¡Cómo ha osado... pegarme! ¡Cómo han osado! ¡Estoy condecorado!... ¡miserable! Tengo hijos...

todo el mundo me conoce... ¡Canalla, salvaje! ¡Oh! ¡Oh!... ¡Quiero un duelo!

Durante este tiempo Uchtitcheff decía al oído á Tomás:

—Vámonos, querido amigo, ¡por el cielo!

—¡Espera, que le rompa los hocicos de una patada! gritaba Tomás.

Se le sacó fuera de la sala. Sus orejas estaban rojas, su corazón palpitaba hasta destrozarse, pero se sentía alegre y bien dispuesto. En la escalera del círculo aspiró con satisfacción una bocanada de aire fresco y dijo á Uchtitcheff con una sonrisa llena de bondad:

—Le he dado una buena paliza, ¿eh?

—Mira, exclamó el alegre secretario indignado, dispénsame, pero es un acto salvaje. Que me muera si he visto nunca una cosa parecida.

—Amigo, dijo Tomás afectuosamente. Vamos á ver, ¿no lo ha merecido? ¿no es un canalla? ¿Se oúden decir esas cosas á espaldas de una mujer? Se va á ella y se le dice en la cara...

—Bueno... ¡que el diablo te lleve! No es tampoco á causa de ella por lo que le has pegado.

—¿Cómo que no es á causa de ella? ¿Pues á causa de quién? preguntó Tomás estupefacto.

—¿De quién? No sé... pero es evidente que teníais cuentas pendientes. ¡Uf! ¡Dios mío, qué escena! No la olvidaré hasta el fin de mis días.

—¿Pero quién es, después de todo, ese buen hombre? preguntó Tomás soltando la carcajada. ¡Qué modo de gritar tenía el imbécil!...

Uchtitcheff miró atentamente á Tomás y le hizo esta pregunta:

—Dí... ¿ignoras realmente á quien has pegado? ¿Y es únicamente á causa de Sofía Pavlovna?

—¡Te lo juro! replicó Tomás.

—Pues que el diablo te lleve si tiene siquiera apariencia de buen sentido!

Se detuvo, encogióse de hombros y añadió:

—Pagarás eso muy caro, Tomás Ignatitch...

—¿Me llevará á los tribunales?

—Quiera Dios que no sea más que eso... Es hijo político del Vice gobernador.

—¡Vamos, anda! exclamó Tomás cuyo rostro se contrajo.

—Sí, si á decir verdad es un miserable y un bribón... Y que la corrección le estaba merecida... pero si se toma en consideración que la dama por quien has tomado la defensa es también...

—¡Basta! articuló Tomás interrumpiéndole con tono firme y poniéndole la mano sobre el hombro. Siempre me has sido simpático... y estás á mi lado en este momento... comprendo y sé apreciar... Pero no digas mal de ella.. Sea lo que quiera según tú... para mí... la quiero... y es lo mejor... Te lo digo francamente... puesto que has querido seguirme: no la toques... La estimo perfecta: así, pues, es perfecta...

Uchtitcheff le miró y le respondió con distracción:

—Eres una persona rara... es necesario confesarlo.

—Soy un hombre sencillo... salvaje. Le he dado una paliza y estoy contento.. venga lo que venga.

—Mucho temo que lo que venga no tenga nada de bueno... Franqueza por franqueza: Tú me agradas también... por más que ¡hum! eres peligroso. Cuando te da un acceso caballeresco, se puede temer verdaderamente una terrible pateadura...

—¡Qué caramba! Es la primera vez... todos los días no ha de ocurrir lo mismo, dijo Tomás, confuso.

Su interlocutor se echó á reir.

—¡Qué monstruo eres! pero... escucha: entregarse á un pugilato semejante, es de salvaje... excúsame...

Así, debo decirte que en el caso actual tu elección ha sido afortunada. Has dado con un juerguista, un clínico... un parásito... un hombre que habiendo despojado á sus sobrinos ha quedado impune...

—¡A Dios gracias, dijo Tomás con satisfacción, yo le he castigado un poco!

—¿Llamais á eso un poco? Sea, pongamos que sea un poco... Sólo que, mirad, amigo mío, permitidme daros un consejo, soy un hombre de leyes... Este Kniazeff es un miserable, ¡bueno! Pero no hay derecho de pegar, aunque sea un miserable, pues es un sér social, bajo el amparo maternal de la ley. No se debe osar pegar mientras que no traspase los límites del código penal, y aun entonces, no sois vosotros, sino nosotros, los jueces quiénes debemos aplicar el castigo. Y vosotros tened paciencia...

—¿Os caerá pronto entre manos?... preguntó inocentemente Tomás.

—No lo sé. Como no es tonto, tiene la suerte de que jamás le suceda. Y vivirá el resto de sus días ante las leyes, como tú y como yo. ¡Oh, Dios mío! ¿qué estoy diciendo?...

Y Uchtitcheff suspiró con aire cómico.

—No hagas traición al secreto profesional... dijo Tomás sonriendo.

—No es secreto... pero no debo aparecer ligero... ¡Diablo! esta historia me ha excitado en verdad. Némesis sigue fiel á ella misma, aun cuando se encabrite simplemente como un caballo.

Tomás paróse de pronto como si hubiese encontrado un obstáculo en su camino. Uchtitcheff continuaba charlando.

—Némesis es la diosa de la Justicia; ¿pero qué tenéis?

—Todo esto ha empezado por el anuncio de su partida, dijo Tomás con voz sorda, hablando lentamente, como con esfuerzo.

—¿Qué partida?

—Sofía Pavlovna...

—Sí, se va... ¿Y qué?

Estaba enfrente de Tomás y le miraba sonriendo... Gordeieff se callaba, la cabeza baja, rayando la tierra con el bastón.

—¡Andemos! dijo Uchtitcheff.

Tomás se puso en movimiento balbuceando con indiferencia:

—Y bien, que parta... Solo, sin ella...

Uchtitcheff hacía molinetes con su bastón y silbaba echando á hurtadillas miradas á su compañero.

—¿Es que no puedo vivir sin ella? articuló Tomás, lanzando una vaga mirada en torno suyo.

Y después de un corto silencio, respondió con convicción.

—Admirablemente.

—¡Mira! exclamó Uchtitcheff, voy á darte un buen consejo... Un hombre debe ante todo ser él mismo. Sois un hombre épico, por así decirlo, el lirismo no os siente. No es vuestro género...

—Mirad, querido señor, habládme de un modo más sencillo, dijo Tomás que le había escuchado con mucha atención

—¿Más sencillo? ¡Bueno!... quiero deciros que obraríais mejor olvidando á esa dama... Ella para vos... es veneno.

—Es precisamente lo que ella pretende, agregó Tomás.

—¿Os ha dicho eso? articuló Uchtitcheff admirado.

Y quedó pensativo.

—¡Hum! ¿Y si fuésemos á cenar?

—Con gusto, respondió Tomás.

Y de repente, exhaló un gruñido salvaje, apretó los puños y los agitó en el aire:

—¡Vamos, vamos! ¡Qué cena voy á tener después!

—¿Por qué, Dios mio? Cenaremos tranquilamente.

—No, espera, dijo Tomás con voz desgarradora de tristeza poniéndole la mano en el hombro. Después de todo, ya basta! ¿Soy acaso menos que los demás? Todo el mundo vive, se agita, se mueve, cada uno va derecho á un fin... Yo me aburro. Cada uno está satisfecho de sí mismo... y aquellos que se quejan, ¡mienten, los miserables! Lo hacen para disimular la verdad. Yo no tengo necesidad de fingir: soy un imbécil. Yo, amigo mio, no comprendo nada, pero, simplemente, quiero vivir. No se pensar... estoy descorazonado, uno me dice una cosa... otro lo contrario. ¡Pch! ¿Y ella...? ¡ah! si tu supieras todo lo que esperaba de ella... esperaba... ¿qué esperabas? No sé... pero es lo mejor. Y yo creía en ella... estaba convencido de que ella me diría un día palabras cuyo secreto sólo á ella perteneciera... Sus ojos, amigo mio... ¡qué hermosos son! Me da vergüenza contemplarlos... Decía que yo pensaba oír de ella palabras... que me lo explicasen todo... No es sólo el amor, era un alma entera que yo le entregaba... Buscaba... creía que, puesto que ella era tan bella, yo sería á su lado un hombre como los demás...

Uchtitcheff miraba á su interlocutor y escuchaba las palabras incoherentes y pesadas que se escapaban de sus labios. Veía temblar los músculos de su rostro bajo el esfuerzo del pensamiento que trataba de expresarse de un modo inteligible y sentía bajo estas palabras sin orden, un profundo y sincero sentimiento.

Este joven hercúleo, vigoroso y salvaje, que andaba con paso largo y desigual por la acera, inspiraba, en su estado, una lástima profunda. Acaso Uchtitcheff comprendía que estaba en él el conso-

larle y calmarle. Todo lo que Tomás había dicho y hecho esta noche despertaba su simpatía: se sentía aun mas halagado de la confianza que le atestiguaba el joven millonario. Pero estaba desconcertado por esta franqueza brutal y aunque poseyese ya, á pesar de su juventud frases apropiadas para las diferentes circunstancias de la vida, no las encontró en el momento.

—Todo es sombrío y reducido alrededor de mí, continuaba Gordeieff; siento un peso que me aplasta... ¿qué es? no puedo comprenderlo. Me molesta... é impide mi libertad de acción. Cuando presto oídos, todos hablan de modo diferente. Ella sola habría podido decirme...

—¡Eh! amigo mío, interrumpió Uchtitcheff, cogiéndole del brazo amigablemente, eso no puede ser así, apenas entráis en la vida ya hacéis filosofía. De ningún modo. La vida nos es dada para vivirla. Así pues vivid y haced vivir á los demás; he ahí la filosofía. En cuanto á esa mujer ¡bah! ¿es el centro del universo?... Si lo deseáis, os haré conocer una persona notable, un veneno que no dejará, al cabo de un momento, ni un átomo de filosofía en vuestra alma. Una mujer extraordinaria y que sabe gozar de la vida. Es también un ser épico. ¡Y hermosa!... Una verdadera Fryné, puedo asegurarlo. Haríais buena pareja, los dos. ¡Qué demonio! Verdaderamente es una idea magnífica... os la haré conocer. Un clavo saca otro clavo.

—Tengo conciencia, dijo Tomás sombrío y triste, deque mientras viva no podré tener otra mujer.

—¡Cómo! ¡Un muchacho vigoroso y fresco como vos! ¡oh! exclamó Uchtitcheff.

Y se puso á convencer á Tomás de la necesidad de encontrar un derivativo á su humor negro corriéndola con mujeres alegres.

—Será soberbio é indispensable para vos, ¡creedme!

—¡Vuestra consciencia... dispensad! vuestra deficiencia es algo inexacta... no es vuestra creencia quien os impide, sino vuestra timidez, supongo... Vivis apartados de la sociedad, sois tímido y apocado... y á este sentimiento es al que llamáis consciencia. Por el momento no puede tratarse de otra cosa... ¿Y qué tiene que ver la consciencia, si es completamente natural que el hombre se divierta, toda vez que es una necesidad y está dentro de sus derechos?

Tomás interceptaba el paso á su compañero y miraba la calle ante él, que entre dos filas de altos edificios se extendía, haciendo pensar en un canal lleno de tinieblas. Parecía no tener fin y que allá á lo lejos se arrastraba algo de sombrío é inexplicable que cortaba la respiración. La voz persuasiva y amiga de Uchtitcheff resonaba en los oídos de Tomás monótona y aunque él no tratase de comprender sus palabras se le pegaban como liga y las retenía involuntariamente. A pesar de la presencia de su compañero se sentía perdido en la obscuridad. Este pensamiento le envolvía y le impulsaba en pos de Uchtitcheff. Una gran lasitud se había apoderado de él y le quitaba todo deseo de resistencia á las solitudes de éste, y además, ¿para qué resistir?

—La discusión no es útil á todo el mundo, decía Uchtitcheff, jugando con su bastón. Si todos discutiesen, ¿quién viviría? No se vive más que una vez. Y aun es cuerdo darse prisa, os lo juro ¿pero, para qué hablar? Autorizadme para reanimaros un poco. Vamos ahora á una casa muy alegre... en ella habitan dos hermanas... Ellas sí que saben reir.

¡Decidíos!

—¿Por qué no? Vamos, dijo Tomás con calma y bostezando. ¿No es algo tarde? preguntó examinando el cielo cargado de nubes.

—¡Para ellas nunca es tarde! exclamó alegremente Uchtitcheff.

VIII

Tres días después de los sucesos del círculo, Tomás se encontraba á siete leguas de la ciudad, en los talleres que servían para la explotación forestal del mercader Ivantzeff, en compañía del hijo de este último, de Uchtitcheff, un señor muy serio, con patillas, de cabeza calva y nariz roja, y cuatro mujeres...

El joven Ivantzeff llevaba lentes, era pálido, delgado y cuando estaba de pie sus pantorrillas temblaban continuamente como si hubiesen sido indignas de soportar este cuerpo débil, vestido con una hopalanda á grandes cuadros, con un capuchón, entre los dobleces del cual se movía, lamentable, una cabecita cubierta con una gorra de jocket. El señor de las patillas le llamaba Juan y pronunciaba este nombre como si hubiese estado atacado de catarro crónico. La compañera de Juan era una mujer alta y vigorosa. Su cabeza achatada de ambos lados, su frente baja y erguida, su nariz larga y puntiaguda le daban un parecido á un pájaro. Aquel rostro feo estaba impasible: sólo los ojos, pequeños y redondos, sonreían siempre, llenos de malicia y perspicacia. La de Uchtitcheff se llamaba Vera. Era una persona lista, pálida, con cabellos rojos; y de tal modo abundantes, que parecía llevar un casco que le llegase á las mejillas y al cuello, enmascarando su frente espaciosa que esclarecían dos ojos azules inmensos, tranquilos é indolentes.

El señor de las patillas estaba sentado al lado de una joven, muy fresca, que no cesaba de reír de las frases que aquel le deslizaba al oído.

En cuanto á la amiga de Tomás, era una morena esbelta, vestida de negro. Su color era mate, los cabellos ondulados y se mantenía muy derecha, la cabeza erguida, de mirada altiva, llena de condescendencia para todos los que la rodeaban. Se vería enseguida que ella se consideraba como la persona más importante de la reunión.

Todos se habían instalado sobre una balsa, último anillo de una cadena larguísima que marchaba en el sentido de la corriente. Sobre la balsa se habían colocado varias tablas y en el centro del islote flotante se veía una mesa, al rededor de la cual se agrupaban botellas vacías, canastos de provisiones, pedazos de papel, cáscaras de naranja... En un rincón, sobre un montón de tierra, había una lumbre y un campesino, en cuclillas delante del fuego, se calentaba las manos, echando de cuando en cuando una mirada sobre los amos reunidos en torno de la mesa. Esta estaba llena de frutas y de vinos; pero los comensales, cansados de una fiesta que duraba dos días y de una comida copiosa que acababan de concluir, parecían indispuestos. Todos contemplaban el río y la conversación languidecía, cortada por grandes silencios.

Hacia un día de primavera, claro y vivificante; un cielo puro y frío, se extendía majestuosamente encima de la inmensa sábana de agua turbia, inmóvil como el cielo y vasta como el mar, que el río había extendido profusamente sobre las praderas fecundas. A lo lejos, las frondosas montañas se esfumaban dulcemente en un humo azulado donde brillaban, semejantes á grandes estrellas, las cruces de las iglesias. En esta parte del horizonte, el río presentaba mucha animación. Barcos lo surcaban en

todas direcciones y su rumor confuso llegaba como un gran suspiro hasta las balsas y hasta las praderas que el movimiento blando del agua embargaba con ruidos, vagos é indecisos. Enormes barcazas en larga fila, subían en contra de la corriente y desgarraban como bestias monstruosas la superficie apacible del río.

Las chimeneas de los remolcadores vomitaban torrentes de humo negro, que se dispersaba lentamente en el aire fresco, lleno de la claridad deslumbradora del sol. Una sirena desgarraba el aire con su grito furioso de enorme bestia, exasperada por el esfuerzo. Sin embargo, al rededor de la balsa, en las praderas, reinaba silencio, una paz profunda. Algunos árboles inclinándose sobre el río se cubrían de verdes yerbas. La inundación hacia llegar al agua á sus copas, que se reflejaban en el agua y tomaban el aspecto de esferas ligeras, no esperando mas que un leve soplo de aire para ponerse á bogar, graciosas, en la sábana azogada del río...

La joven rubia miraba al horizonte soñadora y cantó con ritmo plañidero:

A lo largo del río Volga
pasea un barco ligero...

La morena frunció el ceño, cerró á medias sus grandes ojos severos y dijo con desprecio:

—¡Bastante nos aburrirnos sin eso!

—¡Déjala cantar! dijo Tomás, con bondad, inclinándose hacia su amiga.

Estaba pálida sus ojos brillaban y una sonrisa perezosa vagaba en sus labios.

—¡Cantemos en coro! propuso el señor de las patillas.

—¡No, mejor es que canten los dos! exclamó

Uchtitcheff, muy animado. Vera, declama esta canción; ¿sabes? «¡A la aurora, iré!»

—¿Cómo es? ¡Paulina, cántala, te lo suplico!

Paulina—era la que no cesaba un momento de reir—se volvió con deferencia hacia la morena y le preguntó:

—¿Se puede cantar, Sacha?

—Yo también cantaré... dijo la amiga de Tomás, y volviéndose hacia la mujer de perfil de pájaro:

—Vassa, canta conmigo, exclamó con tono de mando.

Vassa interrumpió instantaneamente su conversacion con Ivantzeff, se pasó la mano por el cuello y fijó su mirada en la de su hermana. Esta se levantó, se apoyó contra la mesa y con la cabeza orgullosamente echada atrás, empezó con voz fuerte, casi masculina:

Dichoso es todo aquel
que no conoce cuidados;
ni amor se apodera de él...

Su hermana inclinó la cabeza y gimió, con voz de mezzo contralto, plañidera y lenta:

¡Y yo, pobre niña, yo siento!

Con los ojos brillantes, Sacha continuó más bajo:

¡que mi corazón es árido cual las piedras!

Las dos voces se mezclaron y se balancearon sobre el agua en una armonía bella y cautivante, donde vibraba todo un mundo de sentimientos. La una echaba el sufrimiento intolerable de un alma torturada, quejas amargas, sollozos impotentes y desesperados.

Como un veneno sutil, destilaba su tristeza y tra-

taba de ahogar en las lágrimas el fuego de sus tormentos. La otra más profunda y más varonil, respiraba odio: en un concierto de imprecaciones mortales, se elevaba importante y alterada de venganza...

Los versos de la canción se destacaban, uno á uno, lentamente y la voz volaba libre, sonora y llena. Temblona bajo la injuria exasperada por el ultraje, no se quejaba, clamaba sangre y cada palabra pedía venganza...

¡Yo te querré más que ella!...

cantaba plañidera Vassa, con los ojos cerrados.

¡Lo enloqueceré de amor!...

continuaba Sacha con violencia, lanzando al aire notas vigorosas y llenas, parecidas á golpes... Después, cambiando de pronto de ritmo, con voz más alta, lentamente como su hermana, profirió amenazas, vibrantes de alegría lasciva:

El también será más árido que el viento,
más seco que la hierba guadañada,
arrasada, y que la brisa va curtiendo...

De codos en la mesa, con la cabeza inclinada y las cejas fruncidas, Tomás contemplaba el rostro de la cantora y sus bellos ojos negros á medio cerrar. Ella dejó vagar á lo lejos su mirada donde brillaba un fuego sombrío y feroz, y diríase que la voz velada que salía de su pecho, se iluminaba al resplandor misterioso de sus ojos perdidos en vagos horizontes...

Tomás recordó sus caricias y pensó:
¿De dónde sale? Ella os hace temblar.

Uchtitcheff, abrazado con su amiga escuchaba la canción, con rostro místico y radiante de placer.

El señor de las patillas é Ivantzeff bebían y cambiaban algunas palabras en voz baja, inclinándose mutuamente sus oídos. La mujer roja examinaba, pensativa, la palma de la mano de Uchtitcheff, que tenía entre las suyas y la joven, antes tan alegre, parecía entristecida; la cabeza baja, escuchaba la canción, sin hacer el más mínimo movimiento como si estuviese encantada. El campesino se aproximó abandonando su fuego. Andaba con precaución sobre las tablas, alzándose sobre las puntas de los pies, las manos atrás y todo su ancho rostro barbudo transfigurado por una sonrisa de goce extático.

¡Oh! ¡adivina, elegido de mi corazón!

suspiraba lánguidamente Vassa. Y su hermana irguiendo todo el busto, elevando aún su cabeza en un gesto soberbio, respondía con voz potente y triunfal por el verso final:

El dolor de mi amor despreciado.

La canción terminada, paseó á su alrededor una mirada altiva, y sentándose cerca de Tomás, le rodeó el cuello con su brazo, con gesto vigoroso y lento.

—¿Es bonita mi canción?

—¡Soberbia! suspiró Tomás con una sonrisa.

Aquella música le había emocionado. Su corazón vibraba de amor y aún palpitaba, lleno de melodía; sin embargo al movimiento acariciador de Sacha, delante de todos, se sintió embarazado.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Alejandra Savieliewna! gritaba Uchtitcheff, mientras que los demás aplaudían.

Pero Sacha no prestaba ninguna atención y opri-